

FACISMO

VII

COLABORADORES

He aquí un tema interesantísimo, la elección de colaboradores, a que habrá dado toda la importancia el genio organizador de Mussolini, bien persuadido que la debilidad o cualquier descuido podrían malograr el fruto de su magna obra.

Porque no se ha de perder de vista que entre los políticos del viejo régimen unos hay, los menos temibles, que han tomado posiciones en frente del gobierno declarándose abiertamente sus enemigos.

Para reducirlos a impotencia la operación que habrá hecho Mussolini es bien sencilla; contar sus huestes y paralelamente la de sus legiones para deducir en consecuencia la infinita superioridad de éstas. Otros hay los verdaderamente peligrosos, de que España está henchida, que dan en llamarse no adictos pero sí afines. Por lo general suelen aparecer, nada más que aparecer, ¿no es verdad señor Debate? complacientes con el nuevo régimen; y a ratos hasta le adulan para granjearse su simpatía, sin perjuicio de decirle al descuido con cuidado que se marche a descansar, que les corre prisa sucederle. Intrigan lo indecible para formar parte de la Asamblea Nacional, o donde se pueda, cuanto más alto mejor, para luego decirle al público que se hicieron de rogar, no siendo posible resistir por más tiempo los continuos requerimientos del Gobierno. Pero eso sí, cuando están dentro acechan la primera ocasión para desacreditarla, o para hacer odioso el Gobierno con medidas las más imprudentes, por que, sin que la necesidad apremie, tocan para exacerbarle la fibra más delicada del corazón nacional. Nada importa consultando antecedentes de algunos, que una parte de su escandalosa fortuna, cuya revisión se impone, recuerde inmundos tráficos con el erario público, y que otra esté amasada con lágrimas y sangre de las infinitas víctimas del crimen más abominable que ha visto la actual generación, mientras se tenga un

Debate que les llame intelectuales, como intelectuales nada vulgares serían sin duda los niños de Ecija, y hasta, para deshonorar la palabra derechas, como podría llamar tales a los sayones que crucificaron a Cristo. En este delicioso país en que por lo visto el hábito hace el monje, lo que interesa son los nombres, no las cosas; y mientras se clasifique uno en cualquiera fracción de derechas pongo por caso la regionalista, puédesse impunemente por una carrera de crímenes llegar a los primeros puestos; y con esa patente, si se logra intervenir en la estafa que puede dar nombre al presente siglo, consumaría de manera que quede impune aquí entre nosotros lo que no hubiera quedado sin gravísima sanción en ningún país del globo.

Piensen todos que es insigne temeridad querer salvar los pueblos a base de la impostura. Una segunda parte, por consiguiente, de la farsa que ya se anuncia, no obstante de haber sido barrida como los demás de la administración pública, podría ocasionar un desastre. Si no hay tacto en mantenerse equidistantes de los viejos partidos, comenzará de nuevo el período violento de las facciones.

Por eso Mussolini, a quien no seducen los nombres, aún que sean tan brillantes como nuestros Maura, Urquijo, Güell y Comillas, supo rodearse no de secuestradores sino de quienes se identifican con su pensamiento, y sobre todo lo acreditan (nótese bien) con su conducta: porque de toda la fidelidad se necesita en los poderes subalternos para que a la unidad de plan acompañe la ejecución, indispensables para que la obra llegue a su perfeccionamiento.

Unidad de pensamiento y acción, decimos, es necesaria en el Gobierno. En este punto se puede asegurar, remendando una célebre frase, que Mussolini ha encontrado los títulos de gobierno que los parlamentarios habían perdido. Malo es en verdad el régimen de mayorías homogéneas cuando no es la recta

razón sino el servilismo lo que le crea y sostiene; pero mucho peor cuando siendo heterogéneas están destinadas a formar gobierno, porque como quiera que son muchas las cuestiones en que forzosamente se ha de manifestar la diversidad de criterio, se vive de precario, casi al día, a base siempre de transacciones mutuas, a veces tan vergonzosas que llegan a la claudicación. Para salvar este escollo, Mussolini empieza por llamarse a boca llena revolucionario, y revolucionarios llama, y no sin razón a todos y a cada uno de sus colaboradores, porque es cierto que vino a consumir la más grande de las revoluciones proclamando un derecho nuevo, ya que nunca envejece el derecho eterno que reconoce y entroniza la soberanía de la verdad y de la virtud; importándole un ardite que esa soberanía sea popular o impopular, con mayoría, sin ella o en contra de ella, mientras sea la que conduzca rápidamente a su pueblo, al más trabajado por los elementos disolventes, a su grandeza y bienestar.

Moralidad, decimos también, en los restauradores. Y es la verdad; porque la virtud primera, la que constituye el fondo común de todas las restauraciones, supuesta la relativa ciencia, es la moralidad de arriba, sin la cual sería un milagro la de abajo. Por más que se diga lo contrario es lo cierto que la restauración del mundo, que unos llaman problema político y otros económico, es por excelencia una cuestión moral. Y si las autoridades superiores dan ejemplo de inmoralidad, de inmoralidad le darán las inferiores, en daño siempre de la honradéz pública. Si un gobernante dice, no precisamente un santo Padre, sino un filósofo gentil, tiene veintidós millones de súbditos, hágase cuenta que tiene cuarenticuatro millones de ojos que le están observando. Por esto son incalculables los males que acarrea al pueblo el error de muchos gobernantes al creer en los secretos de su vida privada. Los que gobiernan no tienen propiamente vida privada, por más que los aduladores de que suelen rodearse les digan lo contrario. Hombres públicos son, y quieras que no, pertenecen al dominio público las acciones que creen más escondidas. Verdad es

esta trascendental cuya estima en mejores tiempos llenaba los claustros de penitentes para reparación de escándalos, y cuyo olvido en nuestros miserables días reserva los altos destinos a la cinica inmoralidad, corrosivo el más enérgico de las costumbres públicas. Y por que es cierto, ciertísimo que según fueren los gobernantes así son los gobernados ¿qué otra cosa podía dar de sí la España del viejo régimen sino pésimos administradores, desolladores del pueblo que no pastores solícitos y desinteresados, viendo como ascendían a los primeros puestos crápulas que no admitirían en el trato familiar personas honradas, vulgares traficantes en parques y jardines, prórrogas de contribuciones, beneficios extraordinarios de la guerra, y asesoramientos criminales espléndidamente cobrados con los despojos de las infinitas víctimas de la famosa estafa?

¿Qué nos hacemos pesados? Si que lo somos, y calculadamente; porque a ello nos obliga con dolor el corazón la también calculada insistencia con que se prepara en la penumbra el retorno de la iniquidad nada menos ¡qué horror! como continuadora, deshonoradora querrán decir, del presente estado de cosas. Pero esa pesadez, señores contradictores, puesta al servicio de la buena causa, con ánimo de desbaratar la consigna que sostienen cautelosamente, donde menos podía sospecharse, plumas tan brillantes como venales, tiene precedentes honrosísimos, más que honrosos divinos, porque es de origen divino la virtud cardinal conocida, con el nombre de fortaleza, que condena por igual los desórdenes de los magnates y los vicios de la plebe, aunque la llamen pesadez ¡traidores! los nuevos arrivistas y los moralistas de chantaje y de cabaret.

Por el dogma de la transmisión de la pena sabemos cuánto daño a la especie humana la prevaricación primera. Conocemos por la historia los castigos que el Cielo inflige a las naciones por los pecados de sus dirigentes. Ante la perspectiva del nuevo encumbramiento de la maldad, dígame, ¿puede en conciencia un sacerdote español permanecer callado e indiferente?

Sea el más ferviente aplauso

